

La vida es sueño.

S-150

[En parte del escrito de este
título recogido en "Euscayo"
I. p. 167 y 155.]

1

("El Norte de Castilla", Valladolid, 10 noviembre 1898)

DE ACTUALIDAD

LA VIDA ES SUEÑO

15-2/95



Mucho se ha escrito en estos últimos meses, bajo la influencia del gran desastre nacional, acerca de la regeneración de España. La regeneración está en todos los labios y ojalá, como en ellos, estuviese en todas las conciencias, y en los entendimientos superiores despertase ideas salvadoras. Pero con ser muy numerosos los trabajos en tal tema inspirados, no conocemos ninguno tan original como el del señor Unamuno, que en *La España Moderna* defiende, con gallardía digna de mejor causa, lo que él llama *idiotismo sublime* de nuestro pueblo.

Reproducimos, con autorización especial del director de la notable revista, un fragmento del indicado artículo, cuyas bellezas literarias saborearán nuestros lectores, aunque como nosotros piensen que es ley de vida el movimiento y empresa desdichada de predicar la quietud.

Ha concluido la guerra después de haber enflaquecido á España, y empieza el pueblo á descansar un poco. Tendrán que dejarle por algún tiempo sin turbar su sosiego con nuevas sonoras historias, sin molestarle con el estribillo de la gloria y de su destino histórico, sin llamarle heróico. El mundo, su enemigo, emudecerá algún tiempo y le dejará que se recoja en su pobreza y que gocen de más paz los hombres oscuros, los benditos *idiotas*, cuanto más impotente sea la nación.

Pero no, que ahora le van con la cantinela de la regeneración, empeñados en despertarle otra vez de su sueño secular. Dícenle que padece de abulia, de falta de voluntad, que no hay conciencia nacional, que han llamado moribunda á la nación que sobre él y á su costa se alza, nación á la que llaman suya. ¡Suya! ¡suya! ¡Él no la tiene! Solo tiene, aquí abajo, una patria de paso, y otra, allá arriba, de estancia. Pero lo que tiene no es nación, es patria, tierra difusa y tangible, dorada por el sol, la tierra en que sazona y grana su sustento, los campos conocidos, el valle y la loma de la niñez, el canto de la campana que tocó á muerto por sus padres, realidades todas que se salen de las historias. Si en las naciones moribundas sueñan más tranquilos los hombres oscuros su vida, si en ellas peregrinan más pacíficos por el mundo los *idiotas*, mejor es que las na-



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO:USALES

ciones agonicen. ¡Bienaventurados los pacíficos, porque de ellos será el reino de los cielos, ese reino cuyo advenimiento piden á diario por costumbre!

¿Viven mejor, con más paz interior, los ciudadanos conscientes de una gran nación histórica, que los aldeanos de cualquier olvidado rincón? El campesino del Toboso que nace, vive y muere, ¿es menos feliz que el obrero de Nueva York? ¡Maldito lo que se gana con un progreso que nos obliga á emborracharnos con el negocio, el trabajo y la ciencia, para no oír la voz de la sabiduría eterna, que repite el *vanitas vanitatum!* Este pueblo, robusta y sanamente misonesta, sabe que no hay cosa nueva bajo el sol.

¿Que yace en atraso? ¿Y qué? Dejad que los otros corran, que ellos pararán al cabo. ¿Que yace en ignorancia? ¡Ignorancia! ¡Cuánto más grande es la ignorancia de los privados, que no la ciencia de los públicos! ¡Ignorancia! ¡Saben tantas cosas que no saben! Ellos saben mucho de lo que ignoran, y los regeneradores, en cambio, ignoran casi todo lo que saben. Es una ciencia divina la ciencia de la ignorancia; es más que ciencia, es sabiduría. El cuerpo sabe mejor que todos los fisiólogos cicatrizar las heridas, y el pueblo, que es el cuerpo social, sabe mucho más que los sociólogos que le salen y se empeñan en no dejarle dormir.

Pero hay que sacrificar el pueblo á la nación, hay que darle caracter é individualidad histórica para que viva en la cultura y figure entre los *Kulturvolken*—esto hay que decirlo en alemán.—¡Horrible cosa es esa especie de suicidio moral de los individuos en aras de la colectividad! Pretender sacrificar todos y cada uno de los españoles á España ¿no es pura idolatría pagana acaso? ¿No es una crueldad turbar la calma de los sencillos, y turbarla por una idea? No la hay, por grande que sea, que valga la paz interior de un pueblo, la verdadera paz, la plenitud del *idiotismo*. El enredar á los hombres en la lucha por la vida histórica de la nación, ¿no les distrae y aparta de luchar por su propia vida eterna?

El destino individual del hombre, por importar á todos y á cada una de ellos, es lo más humano que existe. Y al hablarse aquí de regeneración, casi todos olvidan eso, y aún muchos afirman que para regenerarnos tenemos que olvidarlo. ¡Basta de rezar, á trabajar todo el mundo! ¡Como si la oración no fuese tan trabajo como es el trabajo oración! La conquista de la paz no es nada para todos esos aportadores del nuevo paganismo, que quieren aplastar ba-



1.5.2/90

jo la ciudad al hombre, al sencillo, al idiota, al manso, al pacífico, al pobre de espíritu.

No sé si hay ó no conciencia nacional en España, pero popular sí que la hay. El pueblo español—no la nación—se levantó en masa, sin organización central alguna, tal cual es, contra los ejércitos de Napoleón, que nos traían progreso. No lo quiso. Vislumbró que le costaría el viático de su peregrinación por la tierra patria, el consuelo de su vida resignada, la rutinaria fe en que su oscura tranquilidad se asienta; vislumbró que no le dejaría el progreso soñar en paz, que se le convertiría en una pesadilla, y resistió. Se dispuso hasta á morir colectivamente antes que lanzar á sus hijos en el camino que á los suicidios individuales lleva. Entonces los progresistas eran afrancesados, miraban con cariño al invasor que traía el evangelio de la cultura, la buena nueva de la Revolución burguesa.

Prométenle no sé que brillante papel para sus hijos, si, sacudiendo su sueño, entradelleno en vías de progreso. «Se te dará potestad y gloria si rendido adorases al Progreso», le dicen. Sus lejanos descendientes poseerán á Canaam, pero él ha de morir en el desierto, sin consuelo.

¡Que le dejen vivir en paz y en gracia de Dios, circundado de áurea sencillez, en su camisa de hombre feliz, y, sobre todo, que no se tome en vano el nombre de su fe para hablar de España histórica conquistadora de reinos, en cuyos dominios no se ponían ni el sol ni la injusticia! ¡Que no le viertan veneno pagano de mundanas glorias en su cristiano bálsamo de consuelo! ¡Que le dejen dormir y soñar su sueño lento, oscuro, monótono, el sueño de su buena vida rutinaria! ¡Que no le sacrifiquen al progreso, por Dios, que no le sacrifiquen al progreso! ¡Ah, si volviese otra vez á aquella hermosísima Edad Media, llena de consoladores ensueños, á aquella edad que fué la de oro para el pueblo que trabaja, ora, cree, espera y duerme! Entonces le vivificó para siglos la grandeza de su idiotismo.

¿Qué es un progreso que no nos lleva á que muera cada hombre más en paz y más satisfecho de haber vivido? Suele ser el progreso una superstición más degradante y vil que cuantas á su nombre se combaten. Se ha hecho de él un abstracto y del abstracto un ídolo, un Progreso con mayúscula. Es el terrible *Fatum*, el hado inhumano del ocaso del paganismo, que encarnado en Evolución, reaparece á esclavizar las almas fatigadas.



Solo se comprende el progreso en cuanto libertando de su riqueza al rico, al pobre de su pobreza, y de la animalidad á todos, nos permite levantar la frente al cielo, y aliviándonos de las necesidades temporales, nos descubre las eternas. ¡Si, todo á máquina, todo con el menor esfuerzo posible; ahorremos energías para reconcentrarlas en nuestro supremo interés y nuestra realidad suma! Pero del progreso real y concreto, que es un medio, hacemos progreso ideal y abstracto, fin é idolo. ¡Progresar por progresar; llegar á la ciencia del bien y del mal para hacernos dioses! Todo esto no es más que avaricia, forma concreta de toda idolatría, hacer de los medios fines.



El oro, que es instrumento de cambio, lo tomamos como fin, y para acumularlo vivimos miserablemente. Y la cultura no es más que oro, instrumento de cambio. ¡Dichoso quien con ella compra su felicidad perdurable!

Imagen simbólica de los pueblos que se embriagan con el Progreso, nos ofrece aquel pobre segador moribundo que, al ir el sacerdote á ungirle, cerraba la mano, guardando en ella su última peseta, para que con ella le enterrasen. Con su progreso también se enterrará á los pueblos avaros é idólatras del Hado.

¡Hay que producir, producir lo más posible en todos los órdenes, al menor coste, y luego que desfallezca el género humano al pie de la monumental torre de Babel, atiborrada de productos, de máquinas, de libros, de cuadros, de estatuas, de recuerdos de mundana gloria, de historias!

¡Vivir, vivir lo más posible en extensión é intensidad; vivir, ya que hemos de morir todos; vivir, porque la vida es un fin en sí! Y, sobre todo, meter mucho ruido, que no se oigan las agnas profundas de las entrañas insondables del espíritu, la voz de la Eternidad! Reventar de cultura, como dice un progresista amigo mio.

15.2/90



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SAL.E.S

Si al morir los organismos que las sustentan vuelven las conciencias todas individuales á la absoluta inconciencia de que salieron, no es el género humano otra cosa más que una fatídica procesión de fantasmas que va de la nada á la nada, y el humanitarismo lo más inhumano que cabe. Y el hecho es que tal concepción palpita, aunque velada á las veces, en todos los idólatras del Progreso.

Los más abnegados, los creyentes más puros en el Progreso, solo aspiran á la gloria colectiva, á que España llegue á ser una nación fuerte, temida, que se deje ver y se haga oír en el mundo.

A todas horas oímos hablar del juicio de la posteridad, del fallo de la Historia, de la realización de nuestro destino (¿cuál?), de nuestro buen nombre, de la misión histórica de nuestra nación. La Historia lo llena todo; vivimos esclavos del tiempo. El pueblo, en tanto, la bendita grey de los *idiotas*, soñando su vida por debajo de la Historia, anuda la obscura cadena de sus existencias en el seno de la eternidad. En los campos en que fué Munda, ignorante de su recuerdo histórico, echa la siesta el obscuro pastor.

¡La historia! Todo se nos reduce á aquella fe pagana que se encierra en el verso perdurable de la Odisea: los dioses traman y cumplen la destrucción de los hombres, para que tengan argumento de canto los venideros.

MIGUEL DE UNAMUNO

